

Eugenia Revueltas

# JOSE GAOS Y LA CIRCUNSTANCIA LITERARIA



Queremos mostrar en este trabajo, más que una semblanza de José Gaos, la situación que guarda su obra y su pensamiento a lo largo de una tradición literaria de lengua española, ininterrumpida, que va desde los miembros de la Generación del 98, hasta los críticos y novelistas mexicanos más importantes del momento actual. La forma de este ensayo está determinada por el hecho de que Gaos no era literato sino filósofo, pero también porque tuvo la capacidad magistral de hacer circular las ideas filosóficas fuera del estrecho ámbito de la especialidad, creando así un clima intelectual en el cual se nutrieron no sólo los estudiosos de la filosofía en México, sino también muchos historiadores y literatos cuyas preocupaciones eran paralelas a las de la filosofía mexicana del medio siglo.

Gaos se apropia un tema central del pensamiento español, inclusive del pensamiento literario, o principalmente de éste, y lo reelabora incluyendo en él la problemática hispanoamericana, vigorizándolo por eso mismo y amplificándolo hasta tratar de convertirlo en tema del mundo de lengua española. Para explicar eso se trata de describir aquí la circunstancia literaria de Gaos que abarca causas y consecuencias.

Históricamente, y a pesar de las diferencias ideológicas personales y de actitud que caracterizan a los miembros de la Generación del 98, tienen, como dice Julius Petersen, las características de una generación "...una comunidad de destino que implica una homogeneidad de experiencia y propósito", esta comunidad de destino y experiencia les viene del impacto que en todos ellos ejerció la pérdida de las últimas colonias españolas.

Si bien el "desastre de 1898" no es sino el clímax de una decadencia histórica que se prolongaba de tres siglos atrás, y que ya había sido tema de meditación de todos los pensadores españoles, desde Quevedo y Gracián hasta Jovellanos y Cabarrús, es la Generación del 98 en la que la preocupación por España y su esencia, la causa de sus males y posibles soluciones, y en última instancia, el destino histórico de España, se convierten en el imperativo vital.

Mas este preguntarse por el *ser de España*, toda esta preocupación ideológica, filosófica e histórica se realizará a niveles estéticos. Y es precisamente este esteticismo, el que posteriormente tanto se les ha criticado, pues al acercarse a la realidad española y sus problemas, no con los métodos científicos de la investigación experimental, sino a través de la observación subjetiva, lo que hicieron fue la recreación de esa realidad, es decir, una obra literaria de esa realidad y no el esclarecimiento científico de ella.

Sin embargo, lo que en primera instancia podría parecer como una deficiencia de los pensadores y literatos de la Generación del 98, no lo es, puesto que en el inventar la realidad, que es toda creación, hay un poder de comunicación infinitamente mayor que en el de una proposición científica.

¡Oh tierras de Alvar González  
en el corazón de España  
tierras pobres, tierras tristes  
tan tristes que tienen alma!  
Páramos que cruza el lobo  
aullando a la luna clara  
de bosque a bosque, baldíos  
llenos de peñas rodadas,  
donde roída de buitres  
brilla una osamenta blanca,  
¡Oh, pobres campos malditos  
pobres campos de mi patria!

Hay en todos los miembros de esta generación, una violenta repulsa a las formas de vida de la España de su tiempo, una irritación e inconformidad con su realidad que se manifiesta en una violenta crítica, "*feroz*", que es expresión de su entrañable amor por España. Por ello mismo Pedro Laín Entralgo, llama no sin razón, "amor amargo" el que la Generación del 98 siente por su patria.

Amor que en todos ellos es más que nada expresión de una "voluntad de perfección" y que no podía menos que darse ante el impacto del desastre del 98. Este amor no es el huero y aparatoso patriotismo oficial, sino algo mucho más profundo y perdurable, no es el relumbrón oropelesco de los tópicos patriotes, sino el adentrarse en la realidad española, por desagradable y deprimente que sea, para aprehenderla en su cabal integridad y posteriormente, a partir de esta aprehensión, buscar la salvación de España.

El adentrarse en la realidad implicaba frecuentemente que los miembros de la generación, hicieran juicios agresivos y duros sobre ella y cuando por lo acerbo de las críticas se les tachaba de traidores y carentes de patriotismo, Azorín contestaba: "De nuestro amor por España responden nuestros libros. Los libros de Unamuno, de Baroja, de Maeztu y los míos. No creo que tenga yo ni un solo libro, en los cuarenta volúmenes ajeno a España."

Cuando Baroja habla tan amargamente de la miseria física y espiritual de la sociedad española, del clero, de la ramplonería provinciana, de la abulia y estulticia de la clase media, ¿no late acaso en las mismas críticas el deseo de que esa sociedad descrita no fuese así? El mismo, justificando su actitud dice: "yo parezco poco patriota y sin embargo, lo soy... tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir.

"Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo... el clima de la Turena y de la Toscana, los lagos de Suiza, el Rhin con sus castillos, todo lo mejor de Europa lo llevaría por mi voluntad entre los Pirineos y el Estrecho. Al mismo tiempo desnacionalizaría a Shakespeare y a Dickens, a Tolstói y a Dostoievsky, desearía que rigieran en nuestras tierras las mejores leyes y las mejores

costumbres. Mas al lado del patriotismo de desear está la realidad ¿Qué se puede adelantar con ocultarla? Yo creo que nada. . ." En esta larga cita se nos da la lúcida conciencia que los miembros de la generación tienen de su realidad y de su entrañable patriotismo.

Lo que no se puede dejar de ver es la miseria y sordidez del campo y la ciudad. Tierra de ganapanes y palurdos capaces de los crímenes más bestiales, como los narrados en "La tierra de Alvar González" y, al mismo tiempo, amor por esa miserable y anacrónica tierra española, simbolizada en Castilla. Amor amargo que pretende una salvación.

"¡Oh casa de Alvar González  
qué malos días te esperan  
casa de los asesinos,  
que nadie llame a tu puerta

Como dice la voz profética de Machado, que anuncia ya esa guerra de Caín, que frustraría la *salvación* de España intentada por la Generación del 98.

Ahora bien, toda la temática de la Generación del 98: la búsqueda del *ser de España*, la esencia de la hispanidad, la preocupación por el *ser español*, va a tener una íntima relación con las meditaciones que posteriormente en Iberoamérica harán filósofos, ideólogos y literatos, para ir al encuentro de su destino histórico. Como España, los países iberoamericanos, que son pueblos marginados, necesitan volver sobre sí mismos, para explicarse y tratar de encontrar el camino para integrarse cabalmente al mundo contemporáneo.

En México como en España, toda una generación de intelectuales, poetas y filósofos, se han preocupado por explicarse al *ser del mexicano y lo mexicano*. En esa generación, como en la del 98, hay eso que Entralgo llama "amor amargo". La relación entre estos intelectuales mexicanos y los del 98 es bastante evidente, pero, sin duda, la más directa es la que proviene de los descendientes de la Generación del 98: Ortega y Gaos.

En ellos no se da como tónica general lo elegíaco y cerradamente nacionalista como en Maeztu y Unamuno sino la crítica abierta "no inquisitorial y la apertura hacia lo universal".

Ortega es en la segunda década del siglo XX, el que hereda los ideales y propósitos de la generación del 98; pero lo que en ellos se resuelve, en términos generales, como un retorno al pasado, a la tradición como en Maeztu, o en un desgarrado grito de rebeldía como en Valle Inclán y Baroja, en Ortega se presenta como una urgente necesidad de occidentalización de España.

Ahora bien, esta occidentalización no debe ser una mera imitación porque esto llevaría a un nuevo fracaso, como el de los ilustrados españoles que intentaron occidentalizar a España en el siglo XVIII. A través de la asimilación del pasado mediante una toma de conciencia España entrará en el mundo occidental. "Hemos de buscar para nuestra circunstancia, tal y como ella es,





precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo. No detenernos perpetuamente en éxtasis ante los valores hieráticos, sino conquistar a nuestra vida individual el puesto oportuno entre ellos. En suma: la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre.”

Y así como para que el hombre se salve ha de salvar su circunstancia que es parte de él mismo, para salvar a España habrá que asimilar y asumir la España del pasado transformando ese pasado en experiencia.

Las tesis de Ortega no podían menos que interesar profundamente a los intelectuales mexicanos, que al igual que los españoles, trataban de encontrarse y justificarse históricamente. “En las *Meditaciones del Quijote* aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional”, dice Gaos, “sus ideas sobre el perspectivismo y la circunstancia entusiasma a la nueva generación hispanoamericana de pensadores que no se atrevían a llamarse filósofos”.

Pero no sólo interesaron las tesis orteguianas a los pensadores, sino también a todos aquellos que tomaban parte en las tareas artísticas e intelectuales del México posrevolucionario.

Gracias al perspectivismo histórico, el hispanoamericano va descubriendo su verdadera personalidad espiritual y cultural, tomando conciencia de su realidad histórica y asumiéndola.

Al término de la guerra civil española, llegó a México José Gaos, discípulo de Ortega, y que fue uno de los primeros *transterrados* que se incorporaron a la vida cultural de México, enriqueciéndola y aportando a ella su extraordinaria capacidad magisterial.

La influencia de Gaos en el mundo filosófico mexicano e hispanoamericano es decisiva. Puso en evidencia cómo la filosofía de Ortega pasa de ser una filosofía de “las circunstancias españolas” a una filosofía “de la razón vital y de la razón histórica en general” y que como Ramos pretendía llegar a un “nuevo humanismo en general”.

Mas no sólo se propuso la divulgación de la obra de Ortega sino que, como su maestro, hizo hincapié en la divulgación de todas las corrientes filosóficas occidentales, convirtiéndose así en lo que Paz llama “el maestro de la joven inteligencia”, pues poseedor de una gran capacidad magisterial, dio a la nueva generación de intelectuales, los instrumentos de conocimientos necesarios para mejor enfrentarse a sus tareas.

Si la influencia de Gaos en el campo de la filosofía es innegable no lo es menos, aunque en forma indirecta, en algunos de los literatos mexicanos que de una u otra manera tuvieron contacto con la obra de Gaos.

Cuando Gaos llegó a México se encontró con que el libro de Ramos era objeto de la incomprensión casi general, entonces él le

dio un impulso decisivo a todos los estudios que sobre *lo mexicano y el ser de México*, realizaban algunos pensadores, al señalar cómo el camino seguido por Ramos llevaba a “un nuevo humanismo”. “. . . Se tiene afán de una filosofía propia porque se conceptúa la filosofía suma creación expresiva de toda cultura cabal y plena y se quiere que tal llegue a ser la cultura propia. Se trata, pues, del tema de México, del tema de América, del tema de España en el fondo último, en la raíz. . .” Esta apertura al conocimiento no sólo de México sino del mundo hispánico en general, no podía menos que ejercer una gran influencia no sólo sobre los filósofos sino sobre los literatos que de una manera u otra se interesaban por el tema.

Octavio Paz y Carlos Fuentes, como los miembros de la Generación del 98, como Ortega y Gaos, como Ramos, sienten una suerte de “amor amargo” hacia su país. En uno y otro caso se preguntan por México, el mexicano, lo mexicano; están obsesionados por México, como la generación del 98 y Ortega lo estaban por España.

En la serie *Los narradores ante el público* hace notar Fuentes la preocupación que sobre el sentido de nacionalidad tienen países como España, Rusia y México y dice cómo en su caso particular también tiene esa preocupación: “. . . quiero expresarme sobre el tema del país, la cultura y la sociedad dentro de las cuales trabajo, porque resulta obvio que ellos han sido el impulso externo más poderoso de mis ocho libros”; más esta preocupación sobre el tema del país no es una labor pasiva sino crítica, “. . . me refiero a una preocupación crítica, dolorosa. . .” Crítica que resulta de un penetrar en las circunstancias nacionales, y que en Fuentes es un paciente acercamiento a los grandes mitos mexicanos, y en última instancia humanos.

Para Fuentes como señala Claude Fell, “la cultura latinoamericana conoció tres niveles sucesivos: la utopía en la visión idílica del continente y de sus nobles salvajes, la epopeya con la intrusión de la historia, y hoy día, el mito, intemporalidad que permite reactualizar el pasado, disolverlo en un presente sin fronteras. . .”

La presencia del mito es una constante en la obra de Fuentes pues “. . . gracias o por desgracia, el mito hace que no haya un presente histórico sino un simple presente perpetuo, la repetición de una serie de actos rituales”.

Esta presencia del mito es la “circunstancia” del hombre mexicano, “circunstancia” que habrá que asumir para llegar a conocerse. A Fuentes la presencia del mito lo lleva a penetrar en





ese mundo lleno de paradojas, de violencia, de amor, de repudio, de silencio y sordidez, de cólera restante y de ternura que es México y el mundo hispánico en general. El mito es "...la instancia del presente; el mito dice 'esto es'. Es una representación de la suma real del mundo, fuera de las exigencias nostálgicas de la utopía y positivistas de la epopeya y por ello mismo la inminencia real del futuro. El problema de México y de América Latina es saber cómo está en el presente, cómo descargarse de las mentiras del pasado". Fuentes es perfectamente consciente de que en la sociedad mexicana contemporánea la presencia del mito es una constante vital, y sus personajes son representación de esta vida como mito, que sería la última instancia para que el mexicano y el latinoamericano se encontrasen finalmente.

La preocupación que por México y "lo mexicano", tiene Paz, posee, para nosotros, mayor hondura y rigor, tanto filosóficos como poéticos. Hay en *El laberinto de la soledad* un afán real de conocimiento, racional y afectivamente consciente —que no retórico— para asumir la condición de mexicanidad.

Como Ramos, Gaos y Zea, Paz sabe que los pueblos en trance de crecimiento o los que por determinadas circunstancias históricas caen en crisis, necesitan volver los ojos hacia ellos mismos para conocerse y comprenderse, de allí surge esa interrogante de la que habla Paz en *El laberinto de la soledad*. "...¿Qué somos y cómo realizaremos eso que somos?" Y es precisamente a este responder semejante pregunta que como poeta y pensador se empeña Paz:

"...¿Qué yerba, qué auge de vida ha de darnos la vida,  
dónde desenterrar la palabra,  
la proporción que rige al himno y al discurso,  
al baile a la ciudad y a la balanza?  
El canto mexicano estalla en un carajo,  
estrella de colores que se apaga,  
piedra que nos cierra las puertas del contacto.  
Sabe la tierra a tierra envejecida."

Si hay influencia de la Generación del 98, y principalmente del pensamiento de Ortega y Gaos en la obra de Octavio Paz y Carlos Fuentes, ésta es, mucho más decisiva en la obra de crítica literaria de Sergio Fernández.

En la obra de Sergio Fernández se da esa capacidad fundamental del buen pensador de la que habla Gaos: "...por un sólo documento bien elegido y estudiado puede conocerse todo un trozo de historia que interese, todo un trozo de la historia". Prueba de esa extraordinaria capacidad para extraer de los textos lo que llama Gaos los datos más "significativos" o "representativos" de un determinado momento histórico, filosófico o cultural, son sus espléndidos trabajos, sobre Quevedo, Alonso de Valdez, Gracián y Sor Juana.

A través de sus trabajos de crítica literaria nos da Sergio Fernández, no sólo las ideas constitutivas del texto analizado, sino que, como quería Gaos, los textos se convierten en fuente de conocimiento no sólo del "objeto" sino también del "sujeto", es decir que, en ese análisis de texto se nos da todo ese complejo universo que es el *creador* y su *circunstancia*.

Cuando en su trabajo "La doble vida histórica de Sor Juana" toma como epígrafe los versos que dice la *Dicha* en la loa de *Los empeños de una casa*,

Mas yo mido, sagrada,  
distancias tan altivas,  
que a mi elevado Solio  
no llegan impresiones peregrinas

Sergio Fernández muestra todo el complejo y casi inasible mundo de Sor Juana, nos entrega no sólo el "objeto" que en este caso sería *Los empeños de una casa*, sino también nos revela "el sujeto", que en última instancia son Sor Juana y el mundo colonial.

Una y otra vez, los trabajos de crítica de Sergio Fernández son aprehensiones, cabales y vivas de las creaciones literarias. Un penetrar en el hombre y su circunstancia, tan lúcido y agudo como el hecho en "El pastelero malventurado" sobre *Sueño del juicio final*.

Hay en Sergio Fernández no sólo el interés por los temas de los siglos de oro, sino que, como a todos los intelectuales iberoamericanos, le preocupa profundamente este complicado y paradójico mundo iberoamericano contemporáneo. Prueba de ello es su último ensayo "Asturias, la separación transparente" en el que a través del análisis de *Mulata de tal* nos da su visión sobre Iberoamérica: ¿Qué clase de realidad enseña *Mulata de tal*? Su lectura viene a confirmarme en la idea de que, llámese como se llame, su ambiente no es sino la resultante obligada del mundo histórico hispanoamericano, mágico si los hay, sin lógicas ningunas, ya en el terreno de la política, de la economía, de la religión; mundo en el que todo y cada cosa a un tiempo, son de sí mismos, sus propias antinomias. Por ello de esta magia total, la única empapada de lógica sería la artística o sea aquella que da una coherencia y pone en posibilidad de aprehensión y comunicación al disparate vivido que, como pueblos, somos los pueblos hispanoamericanos."

Esteticismo de "La generación del 98" y preocupación por el mundo hispánico de Ortega y Gaos, que se dan como una herencia "recreada" en los literatos mexicanos y que como Gaos, pretenden llegar a un "humanismo general". "Vivimos, como el resto del planeta, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres."